

PATRICIA ALMARCEGUI

«MI MADRE ME HA HECHO RECUPERAR ZARAGOZA»



Experta en el mundo oriental y el islam, es una de las más interesantes escritoras de Literatura de Viajes, un género que abre puertas a la mente y la imaginación

Texto: **Picos Laguna**
Fotos: **Francesc Guitart**

Escuchar parte del relato de su vida es adentrarse en los recuerdos más profundos de su corazón. Y lo hace con una delicada pasión, como el poso de la lectura del tiempo, como esa viajera que sabe mirar hacia la simple esencia de las cosas. Patricia Almarcegui (Zaragoza, 1968) tiene la inquietud del curioso, la que descubrió de niña en la ventana del coche de su padre que le ofreció un mundo de ensoñación y que le abrió las puertas a un universo infinito. Escritora y profesora de Literatura Comparada, el campo más inmenso y enriquecedor de la escritura, es, sobre todo, una viajera que domina el arte de la Literatura de Viajes, todo un lujo para la lectura que te induce hacia esa imaginación que nos hace abrir los ojos a horizontes por descubrir. Porque Patricia sabe llegar al por qué de las cosas con la delicada firmeza de quien sabe mirar. Ha vivido en Roma, París, Nueva York, El Cairo..., ha sido profesora invitada en la

Universidad Americana de El Cairo, y la Sorbona, y es experta en el mundo oriental y en el islam, desde que descubriera Irán llevada por el afán de querer ver, de querer saber si era cierto todo lo que había leído. Viajera solitaria, indagadora de realidades en un mundo complicado que conoce como nadie y que ha visto evolucionar y retraerse, plagado de prejuicios, presenta ahora su último libro 'Una viajera por Asia Central. Lo que queda del mundo' en el que ha sabido poner distancia «para darle voz al acontecimiento más que a mí como escritora». Colaboradora habitual de 'La Vanguardia', 'ABC' y 'Eldiario.es', ha escrito una veintena de artículos traducidos a varios idiomas y una novela, 'El pintor y la viajera'. Y tiene a punto un libro en el que aborda la Zaragoza de su infancia y adolescencia, la que le rodeó de un gran mundo intelectual, diferente, en la vanguardia intrínseca de los años setenta. De aquel tiempo, dice, le queda una mente abierta y la disciplina, y la elegancia, del ballet al que se dedicó de manera profesional, y, sobre todo, reconocer sus propias raíces, esa sabia melancolía que nos hace recuperarnos y reconocernos en nosotros mismos.

Es usted una gran viajera, ¿qué busca en los viajes? ¿saciar su curiosidad?

La curiosidad es una de las grandes cosas que tiene el ser humano, una ventaja, la 'curiositas' que le han dedicado infinitos libros desde la antigüedad, y yo soy una gran curiosa. Y además asistir como testigo al lugar que crea el acontecimiento. Ir y ver si todo lo que he leído de él coincide. Por eso he viajado tanto. También mirar, siempre me ha gustado mucho y mi amor por el viaje viene por mi amor por mirar por la ventanilla, de ir con mis padres a la playa o al Pirineo.

¿Qué soñaba al mirar por la ventanilla en sus viajes familiares?

Mi padre amaba Aragón. Le gustaba recorrerlo en coche entero y nos contaba todo desde el asiento. No había día de fiesta que no hiciéramos una excursión.

¿Ve hoy lo mismo a través de las ventanillas de sus viajes?

Es imposible verlo igual. Antes disfrutaba básicamente, ahora no es posible hacerlo sin cuestionarme mil cosas. Dónde vive esa gente, en qué trabajan, qué tipo de política les gobierna. Cuanto más ves, menos inocente te vuelves.

Descubrió Irán y dice que desde entonces viaja para escribir, para leer y estar sola.

Los viajes los he hecho sola excepto uno al Yemen que era complicado. Sola, por las dificultades que implica y por el tiempo que tienes para reflexionar sobre lo que ves.

Se ha convertido en una especialista en oriente y en el islam, un mundo muy complicado.

He dedicado mi tesis al orientalismo y me gusta el viaje como poética, y en un momento determinado decidí ir para ver si era como lo que había leído.

Usted lo ha conocido menos convulso.

El integrismo, la radicalización y la pérdida de valores es un fenómeno global. Tras las revoluciones árabes lo que ha ocurrido es que han vuelto a los problemas que tenían antes de las colonizaciones, impuestos por occidente. Van a hacer falta tres generaciones para verlos cambiar hacia términos más positivos. Va a ser lento y trabajoso, porque vuelven hacia problemas que tenían, y complicadísimos. Para entender lo que ocurre en Siria y en África Central hay que leer mucho y la ignorancia que hay sobre oriente es infinita. Te das cuenta de que hay un gran desinterés, que no miedo, porque todo sigue igual que en el siglo VIII. Pero estamos en

«Escribir ficción ha sido el encuentro de mi vida. Es un proceso precioso»

un momento de apertura desde hace dos años, porque nos hemos dado cuenta de que hay mucho estereotipo, y a raíz de los atentados en París a 'Charlie Hebdo' empezaron en las redes sociales a aparecer mensajes de que no todo musulmán es terrorista y no es fanático. Hay que deconstruir ese miedo y ver de dónde procede.

Es escritora y profesora, dos caras de una misma pasión, la lectura

Dejé la universidad hace cinco años, y lo hice por escribir y porque todo lo que ha pasado con Bolonia me hizo cuestionarla. Adoro la ficción, y he llegado a ella después de haber escrito mucha investigación. Porque en su proceso disfruto mucho en la lectura, pero no en la escritura de la investigación misma. Sin embargo, la ficción es un mundo maravilloso y muy solitario, escribirla ha sido el encuentro de mi vida. Es un proceso muy bonito el de crear, formar personajes, en soledad y es lo que me gusta. Solo la literatura te permite hacer cosas que no puede la realidad y es un don del arte, el construirte un mundo. En 'El espacio olvidado', aun por publicar, abordo mi vida, mi relación con la danza y aquella Zaragoza de mi juventud, porque, además, para mí, Zaragoza va unida a la danza.

Tuvo una intensa relación con ella.

Empecé a los 5 años en María de Ávila y estuve en el Ballet Clásico de Zaragoza con Cristina Miñana. Mi familia era gran amiga de María de Ávila, y tengo magníficos recuerdos de las reuniones en casa con gente increíble, de gran altura intelectual. Luego me fui a Italia y estuve trabajando dos años en el Balletto di Roma. En el libro hablo de todo ese mundo, porque en casa escuchábamos mucha música y admiro el oído en el escritor, me interesa mucho cómo suenan, resuenan las palabras sobre todo en la narrativa, porque lo he heredado de esos años de bailarina.

¿Por qué regresa a Zaragoza, abandona la danza y comienza a estudiar Filología?

Porque me gustaba la danza, pero también la literatura. Además, el contexto en el que entonces tenía lugar el ballet no me acababa de interesar. Bailar, bailar y bailar. No se podía desarrollar otra actividad que no fuera esa. Parecía 'verse mal' el que estudiaras, leyeras, hicieras otras actividades. Siempre fui muy inquieta.

¿Fue dura la vuelta?, porque lo hacía después de ser muy libre.

No, no, se abrió otro mundo maravilloso, la literatura, y sentía la misma libertad en un mundo o en el otro, en una ciudad u otra.

Viaja por el mundo, vive en Menorca y viene bastante a Zaragoza.

Regreso por mi madre, ella me ha hecho recuperar Zaragoza de otra manera y empiezo a estar más cercana a la ciudad. Voy a las librerías, a Antígona, me encuentro con amigos escritores, y con esos amigos de siempre. Recupero una ciudad intelectual. Me la he vuelto a encontrar, y es un continuo encuentro. Vivo en Menorca porque es de los sitios más bellos que conozco y me da mucha tranquilidad.

¿Reconoce la ciudad en la que creció?

Mi padre siempre quiso mucho al Pirineo y a Zaragoza, que la fue recorriendo. Le gustaba ir en bicicleta y nos enseñaba la ciudad, nos llevaba por sitios insólitos. La conocía muy bien. También me gusta Barcelona y le estoy agradecida.